

Academia, que tiene á su cargo la empresa de velar por la pureza de la lengua española, elija por asunto de mi discurso el estado ó punto de perfección á que lograron levantarla los autores que tan vivamente trae á nuestra memoria el Académico difunto.

El siglo en que vivieron estos autores fué, en verdad, la época más brillante de nuestra habla; aquél el período de nuestra historia intelectual, que es á la vez nuestro ejemplo y nuestro orgullo. En él tienen puestos los ojos cuantos desean conocer la riqueza de nuestro idioma y penetrar la grandeza, variedad y hermosura de que es capaz cuando es tratado por plumas hábiles y por ingenios sobresalientes. Allí tiene también la Academia la luz para sus trabajos y la prenda de sus aciertos. Los escritores de aquella gloriosa edad difieren, como no puede menos de suceder, en las dotes del ingenio, en la doctrina, en el arte de escribir; pero en todos, aun en los más humildes, resplandece igual pureza y hermosura de lengua, el mismo castizo vigor de estilo, idéntica fuerza, ruda á veces, pero viva siempre, briosa, genial de la frase. Este es su caracter general; esto es lo que les constituye para nosotros norma del estilo, regla del bien decir, criterio y fundamento de clásica belleza. Pero ¿de dónde les vino á estos escritores este elemento de fuerza, vigor y hermosura? ¿De dónde partió el impulso generoso que los llevó á tan sublime dignidad y alteza? ¿Cuál fué la chispa eléctrica que conmovió tan íntimamente el genio español que le dispuso y habilitó para creación tan maravillosa de lenguaje y estilo? ¿Dónde, en fin, está el secreto de la belleza extremada del estilo de aquellos libros cuya lectura jamás nos cansa, y que son juntamente nuestro deleite y nuestra desesperación?

Sin duda alguna, más de una vez, Sres. Académicos, os habréis hecho estas preguntas. Acostumbrados á estudiar las vi-

cisitudes y particularidades de nuestra habla, tal como vive en nuestros más preciados monumentos, habrase parado vuestra atención en este fenómeno, el más bello seguramente que ha ofrecido en la historia de su desenvolvimiento secular. Yo desearía, como he dicho, detenerme por unos instantes en el estudio de este fenómeno y contestar á aquellas preguntas. Sé que nada nuevo tengo que deciros; pero me daría por satisfecho si lograra adivinar las ideas que en este instante bullen en vuestras inteligencias y decir en alta voz lo que calladamente estáis diciendo en lo oculto del pensamiento. Á esto no más se ciñen mis aspiraciones; y como el asunto es tan conforme con vuestros gustos, me atrevo á esperar que lo que voy á decir ha de ser recibido por vosotros con agrado y benevolencia, á la manera que solemos oír con deleite al que nos habla de aquello que satisface nuestras aficiones y se conforma con nuestros pensamientos y halaga los afectos de nuestro corazón, siquiera nos cuente cosas y perfecciones y merecimientos que estamos hartos de saber, y aunque los refiera en estilo tosco y desaliñado.

I

Brota la palabra en nuestros labios cuando la acción ó influencia de las ideas que impresionan nuestra alma se ha levantado á tal grado de intensidad que, no pudiendo contenerse en los límites en que fueron engendradas, salen á lo exterior para comunicarse á los demás y derramar por defuera la luz en que están envueltas y el calor en que están encendidas. Al realizarse esta revelación admirable, no hay en nosotros facultad que no contribuya á dar á la forma de nues-

tro pensamiento su expresión adecuada y perfecta. El entendimiento la ilumina con los rayos de la verdad de que él mismo está penetrado; la imaginación la esclarece y colorea con sus tintes y matices; la memoria la enriquece con sus recuerdos; los afectos que nos conmueven, los vicios ó las virtudes que nos abaten ó enaltecen, todas las potencias, en fin, que afectan nuestra alma, se enlazan en armonioso consorcio para realzar la palabra humana con los adornos y joyas más resplandecientes. En las demás artes ó facultades revélase parte de nuestra actividad; en la palabra se manifiesta todo el ser y naturaleza del hombre, su inteligencia, la energía de su voluntad, la educación de sus costumbres, el ambiente físico y moral en que se ha criado, lo que ha sido, lo que es, lo que puede ser.

Según sea el estado de exaltación ó abatimiento en que se hallen las facultades de nuestra alma, así será la forma expresiva de nuestros pensamientos. De aquí la diferencia en el tono de la expresión, la variedad en la energía de la frase y la diversidad de formas que reviste el lenguaje en cada uno de los hombres. Cada cual, en verdad, tiene su estilo, como cada cual tiene su voz, su fisonomía y su carácter. Y como las naciones no son más que muchedumbres de individuos unidos por lazos comunes de ideas, sentimientos y tradiciones, á cada modificación que se realice en estas fuerzas ó elementos corresponderá una modificación en la lengua, tan clara y manifiesta que en la variedad de sus formas y sonidos y en la naturaleza del estilo y en sus frases y modos de decir podrá conocerse el estado de las ideas, pasiones y caracteres de los que la hablaron, y á través de los acentos del conversar común y en el vasto murmullo de sus sonidos podrá sentirse alentar el espíritu de una nación y palpitar el corazón de un pueblo.

No hay duda que la esencia de estas fuerzas psicológicas

que, obrando en lo más profundo y escondido del alma, aparecen en la vida exterior del lenguaje se oculta al humano entendimiento, ni más ni menos que se oculta á la mirada del espíritu la íntima acción de las fuerzas físicas que, obrando en los elementos de la materia, son la causa última de los fenómenos que la naturaleza ofrece á nuestra vista; mas también es verdad que no faltan hechos ó causas generales por donde en alguna manera podemos rastrear la razón de los fenómenos que presenta el lenguaje, ya lo consideremos en los hombres singulares, ya en el pueblo ó nación que lo habla.

Estrechísima es la relación que corre entre la idea y la palabra. No se confunden ni se identifican; pero andan tan unidas y enlazadas, que lo que afecta á la una altera ó modifica á la otra. La palabra es la señal exterior de la idea, su expresión material, la forma que la revela en su pureza y exactitud; la idea es la virtud que da ser intrínseco á este signo material, la luz que lo esclarece, el alma que lo anima. La palabra sin la idea sería sonido muerto y sin significación ni importancia alguna; la idea sin la palabra quedaría oculta en lo escondido del alma y privada de vida ó influencia exterior. Juntas estas dos realidades, es á saber, el pensamiento con su forma y el signo con la cosa significada, resulta la creación más bella, más útil y beneficiosa que la mano de Dios ha puesto al servicio de la criatura racional.

En este compuesto maravilloso es claro que la idea ha de llevar ventaja á la forma, como el espíritu la lleva á la materia. La idea es, en efecto, anterior á la palabra; es además lo que la sostiene y fecunda, lo que le da la energía y virtud que en sí tiene. «El hablar, dice Fr. Luis de León (1), nasce del entender, y las palabras no son sino como imágenes de lo

(1) En *La perfecta casada*, § 10.

que el ánimo concibe en sí mismo.» Cuanto este concepto sea más claro y vigoroso, cuanto más noble y elevado, tanto más poderosa y eficaz será la palabra. La luz de la idea ha de penetrar y ennoblecer el lenguaje, si ha de ser claro é inteligible; de dentro le ha de venir su hermosura, no de los adornos postizos y exteriores. «No basta, decía uno de nuestros antiguos (1), que el concepto ó pensamiento que exprime la lengua, como el oro, resplandezca y brille por defuera; más que esto es menester para su perfección y hermosura: ha de resplandecer en lo hondo y en el centro de él como el cristal y el diamante, descubriendo la fineza de su más íntimo valor con resplandores que por todas partes le cerquen y de que todo él esté bañado ó penetrado.» Poco importa que los vocablos sean sencillos ó tomados del hablar común y aun familiar, si la idea es clara y precisa. Sea el pensamiento claro, perspicuo y luminoso, que si lo es, su mismo resplandor y nobleza, reverberando en la palabra, la esclarecerá y ennoblecerá y subirá los quilates de su valor, mientras que, si no lo fuere, cuanto más se quisiere aclarar y engrandecer con adornos postizos, tanto aparecerá más ruin y despreciable. Por esto el que aspire á perfeccionar su estilo y á levantarlo y engrandecerlo ha de empezar por perfeccionar y esclarecer y ennoblecer las ideas, acendrándolas y purificándolas y dándoles aquel lustre y hermosura que les viene de lo íntimo de su ser y de lo más hondo de su naturaleza.

Principio de la claridad y ennoblecimiento de la idea es la verdad. Solamente lo verdadero es claro é inteligible, como solamente es noble, hermoso y deleitable. Lo falso y erróneo es siempre oscuro, confuso y repugnante. Criado en las tinieblas,

(1) Fray Jerónimo de San José en su libro *Genio de la Historia*, parte III, c. IV.

huye la luz y esconde su verdadera realidad de los ojos y aun de las sospechas de los hombres. Con la verdad aparecen los objetos como son en sí, puros, sinceros y con aquel ser que recibieron de su Criador, y por esto son hermosos y agradables; con la falsedad se presentan revueltos y disfrazados con trajes y apariencias extrañas que, por más que lo procuren, no pueden ocultar su intento de turbar y seducir la inteligencia; y por esto son enojosos y aborrecibles.

La claridad de las ideas, efecto y resultado de su verdad, parece que debiera lograrse fácil y aun naturalmente, y de aquí pasar á las palabras por consecuencia necesaria; y con todo esto, nada hay más difícil y trabajoso. «Escribo como hablo, decía Juan de Valdés (1); solamente tengo cuidado de usar de vocablos que signifiquen lo que quiero decir, y dígolo cuanto más llanamente me es posible, porque en ninguna lengua está bien la afectación.» Hermoso precepto, pero que en su aparente sencillez encierra la dificultad mayor que contienen las obras artísticas, supuesto que el mayor esfuerzo del arte ha sido siempre disimularse y esconderse á las miradas de los hombres.

Arte che tutto fa nulla si scopra.

«Esto parece que no lo han tocado las manos», decimos al ver una obra concluída en sus últimos primores; y si bien lo miramos, no hay parte ni punto ni accidente en ella, en que no haya intervenido trabajo exquisito de las manos, y más exquisito y afanoso del entendimiento. «La poesía, se complace en repetir el gran maestro en este arte, Lope de Vega (2), ha de costar mucho trabajo al que la escribe y poco al que la lee»; y

(1) En el titulado *Diálogo de la lengua*.

(2) En el *Papel sobre la nueva poesía*, Lope de Vega da por autor de este dicho al Dr. Garay.

lo que decía el famoso escritor de la poesía, debe decirse de la prosa, que tiene también su artificio y quizá más ingenioso y difícil de adquirir que el del verso, como debe decirse también en su tanto de toda obra verdaderamente artística.

Nace la dificultad en expresar clara y sencillamente las ideas de que, como éstas no se ofrecen generalmente á la inteligencia puras y distintas, sino envueltas en cierta vaguedad é indecisión vaporosa que no permite verlas en la exacta precisión de sus contornos, es necesario sacarlas de esta niebla ú oscuridad, á fin de que, distintas é iluminadas en sí, puedan esclarecer las palabras que las expresan con los reflejos de su propio esplendor y con los atavíos de su hermosura. Esta apuración y aclaramiento de las ideas la hace el alma cuando por medio de la reflexión interior, ora instintiva, ora querida y deliberada, toma cada concepto ó idea por sí, y mirándolo por sus varios visos ó semblantes, examina los elementos de que se compone y los distingue cuidadosamente, y clara y luminosa por sí misma derrama sobre ellos el divino fulgor que á ella la embellece. Todo lo cual es de no escaso trabajo para la inteligencia, que, ansiosa de vagar á lo exterior, se recoge y vuelve en sí muy penosa y difícilmente, y de todo cuida, al parecer, menos de lo que en ella pasa. No hay duda sino que por su condición natural nuestra mente ama la verdad y la desea y busca con afán; pero tal influencia tienen en nosotros la alucinación de los sentidos, los prejuicios y los devaneos de la imaginación, la ingénita inquietud de nuestra mente, que apenas nos ponemos á reflexionar sobre nuestros propios actos, cuando la inteligencia se enreda y obscurece, y las ideas más sencillas, y que parece habían de presentarse con más prontitud y claridad, se nos ofrecen confusas, embrolladas y oscuras.

Es notorio que en este volver en sí de la mente, ni más ni menos que en cualquiera de las facultades ó maneras de obrar

del alma, hay variedad inmensa, así en los individuos particulares como en los pueblos y naciones, y de esta diferencia nace puntualmente la variedad de sus aptitudes y en especial la claridad ó confusión de las ideas con que cada cual procede, de donde resulta la claridad y viveza de sus palabras y la perspicuidad de su lenguaje y estilo.

Ahora bien; que la prontitud en discernir los conceptos mentales y en distinguirlos y esclarecerlos haya sido siempre dote característica de los españoles, nadie habrá que lo ponga en duda. Nuestro entendimiento, como el cielo clarísimo de España, se goza en la luz, en la transparencia y diafanidad de las ideas. La oscuridad y la confusión nos han sido siempre odiosas y repugnantes. Otras naciones se podrán gloriarse de su discreción y agudeza; otras, de su elegancia y graciosidad; otras, de la precisión y energía de su hablar: los españoles nos gloriaremos siempre de hablar con claridad, sencillez y llaneza. Decir las cosas clara y llanamente siempre significará hablar castellano.

Es esto efecto de la constitución nativa de nuestro entendimiento y de la acción de muchas causas, cuya naturaleza sea tal vez imposible conocer en toda su eficacia; mas, cualesquiera que sean estas causas, el resultado por ellas obtenido es innegable, y así ha dejado rastro indeleble en nuestros usos y costumbres como en nuestra historia, así civil como política y religiosa.

De esta perspicacia nativa del ingenio, de la lucidez con que las ideas que los guían se han presentado á la mente de los españoles y del poder que ha ejercido esta claridad en los actos y resoluciones de sus voluntades, ha provenido la sinceridad de sus convicciones, la constancia y tenacidad en los propósitos, la llaneza y gravedad en las costumbres, el amor á la justicia y á la honestidad y el entusiasmo que han despertado siempre

entre nosotros todas las empresas grandes y generosas. Las ciencias ó especulaciones de la inteligencia que más nos han halagado, han sido, no las que se refieren á hechos ó datos sensibles, á lo que se puede contar ó medir, á lo que puede ocasionarnos utilidad práctica inmediata, sino las que versan sobre cosas ó realidades que resplandecen en las regiones más elevadas del pensamiento. Dígase cuanto se quiera en contra de esto, lo cierto y verdadero y asentado es que las ciencias que se llaman hoy positivas, las que tienden directamente al dominio de la naturaleza y á los artefactos de la industria humana, no han sido las más favorecidas y cultivadas en España, al paso que han tenido cultivadores eminentes las que versan sobre las ideas, sobre los principios abstractos, y sobre las realidades más encumbradas del espíritu, tales como la Jurisprudencia, la Teología, la Filosofía llamada escolástica, y de ésta aquella parte de los principios generales más recónditos y universales, á los cuales tienen que reducirse los hechos ó casos particulares, si ha de haber ciencia verdadera.

Todas las causas en que se defendían tan elevados principios han tenido en esta tierra de España sus defensores más decididos y entusiastas. Por ellas se ha peleado tenacísimamente; por ellas han derramado millares de españoles su sangre, arrojado dificultades indecibles y sacrificado su bienestar, sus comodidades y sus haciendas. Nos han llamado soñadores, gente fantástica, nación de caballeros andantes; pero nada nos han importado tales dicterios, y seguros é imperturbables hemos seguido nuestro camino, rindiendo culto á nuestros grandiosos ideales y despreciando los bienes y las ventajas del cuerpo, para atender á los bienes del espíritu y á las inmortales aspiraciones del alma.

En todo tiempo fueron los españoles finos amantes de la belleza ideal que campea en las cosas que se sobreponen á los

sentidos; pero jamás pusieron tan de realce esta cualidad como en el siglo XVI, el más glorioso, sin duda, de nuestra historia, y tan bello y admirable cual no puede presentarlo ninguna nación entre las extendidas por la redondez de la tierra. De aquellos valerosos españoles pudo decirse con más razón que de los atenienses del tiempo de Tucídides (1) que así obraban y procedían como si no tuvieran más hacienda que su idea ó pensamiento. Descontando hechos ó casos particulares, inevitables en la condición de la naturaleza humana, las ideas más levantadas, el legítimo honor, el acrecentamiento de la religión, el engrandecimiento de la patria, encaminado á ganar

al Rey infinitas tierras
y á Dios infinitas almas,

fueron los móviles de unas hazañas que por su grandeza y temeridad nos parecen hoy imposibles. Jamás se vieron en pueblo alguno de la tierra espíritus más gallardos y vigorosos, ni que arrostraran mayores peligros y dificultades para hacer triunfar tan nobles ideas, como los que se vieron en España en aquella edad, eternamente venturosa. Jamás tampoco los hubo que acometiesen con tanto ardor la resolución de los problemas más arduos que se ofrecen al humano entendimiento; porque si las hazañas de los guerreros y famosos capitanes aparecen como imposibles ó quiméricas, las especulaciones de las inteligencias de los teólogos ó filósofos españoles, según constan en los monumentos de su saber, son tales, que de sólo mirarlos se queda la imaginación espantada. Al lado de estas construcciones asombrosas, las de los modernos que han intentado analizar los conceptos primitivos de la mente, semejan juegos de niños y entretenimientos de aficionados.

(1) Véase el libro I de *La guerra del Peloponeso*, n. LXX.